

Carmen Laforet, columnista en la Posguerra. Sobre la recopilación de *Puntos de vista de una mujer*

Maura ROSSI
Università di Padova

Mucho queda por investigar alrededor de la escritura de Carmen Laforet, una de las plumas más originales y plásticas de las letras en lengua española del siglo XX, y a la vez una figura pública a menudo objeto de falsos mitos, prejuicios y mistificaciones que todavía, en el centenario de su nacimiento, interfieren con su inestimable legado literario y cultural.

Entre las reediciones de sus obras, la publicación de nuevos estudios y la celebración de numerosos homenajes, destaca en la bibliografía laforetiana aparecida en este 2021 el volumen *Puntos de vista de una mujer*, publicado por Destino con edición a cargo de Ana Cabello y Blanca Ripoll, y con prólogo de Inés Martín Rodrigo. Presidido, en su cubierta, por una intensa reinterpretación gráfica de una conocida fotografía de Laforet mirando el objetivo de la cámara, con un cromatismo ‘pop’ rosado y azulado que resulta reminiscente de los colores dominantes en *El libro de Carmen Laforet vista por sí misma*, al cuidado de Agustín Cerezales Laforet (2021), el texto transcribe y recoge los más de cien artículos breves que la autora redactó entre 1948 y 1953 para la revista *Destino*. El contenido misceláneo de la sección “Puntos de vista de una mujer”, concebida para la escritora por la redacción del semanario y aprovechada como un espacio de intercambio con sus lectores, es protagonista indisputado de la colección, que entrega los originales sin sobrecargarlos de marcos críticos academicistas y, a la vez, propone valiosas indicaciones de lectura que ayudan a situarlos en su tiempo y colocación editorial sin incurrir en el error, patente en mucha bibliografía laforetiana, de arrebatarse a la voz de la escritora el espacio expresivo que merece.

Justamente como altavoz del “universo Laforet” (p. 7) resulta configurado el Prólogo, que Inés Martín Rodrigo moldea como una reivindicación puntual de la sensibilidad polifacética de la autora, y a la vez como una revisión de un ya vetusto canon literario culpable de obliterar múltiples declinaciones de la creación laforetiana en nombre de una desproporcionada santificación de la *opera prima Nada*. Subrayando la relevancia de la escritura de no-ficción como ventana privilegiada al cajón de sastre de un autor –“es lo que tiene la no-ficción: el filtro entre el autor y el lector es menor que

en las novelas, la distancia entre ambos se reduce y la complicidad, esa magia que a veces surge cuando se trata [...] con las palabras, se materializa más fácilmente” (pp. 8-9) –, Martín Rodrigo interpreta la columna como un espacio propio por el que Laforet transita al hilo de temas que trata con su distintiva sensibilidad, sirviéndose de los contornos redondeados de las palabras para romper y superar la línea geométrica del rectángulo que se le reserva en la página de la revista. Destacando la gama amplísima de cuestiones tratadas y la eficacia con la que Laforet pervierte la perspectiva de género prevista para sus líneas en una mirada distintivamente personal, a medida que los ‘Puntos de vista de una mujer’ se convierten en ‘Puntos de vista de Carmen Laforet’, el Prólogo rescata el perfil de una periodista sí *amateur* –así lo subraya ella misma, según su consabida tendencia a redimensionar sus escritos–, pero ecléctica en sus intereses, aguda en su sensibilidad de lectora, sincera a la hora de medirse con la actualidad y generosa con su público.

A este propósito, la “Introducción” plantea una necesaria caracterización del corpus periodístico laforetiano, una faceta de su producción que, anotan (¿prometen?) las editoras, “merece ser objeto de un trabajo de localización, sistematización y estudio para su posterior publicación” (p. 25). Lo hace ante todo repasando los comienzos de la ‘operación cultural Destino’, un marco preferente de reconstrucción, en la Posguerra, de un canon literario renovado, dentro del cual se colocan tanto el Premio Nadal como la creación de la revista homónima. Se hace especialmente hincapié en la aportación femenina a la *tierra incógnita* que eran las letras en España después de la discontinuidad impuesta por el conflicto y la diáspora de los exiliados, con la designación de Laforet como una ‘chica rara’ primigenia, que patentizaría ante sus sucesoras la posibilidad de crear y publicar siendo profesional de la pluma incluso dentro de una sociedad que mal toleraba cualquier emancipación del encorsetamiento hogareño y familiar previsto para ellas.

Asimismo, Cabello y Ripoll atan los cabos de la continuidad entre la crónica de la cotidianidad y actualidad que se aprecia en los *Puntos de vista* y la materia preferente de la ficción laforetiana, con particular atención por el magma creativo del que manan, por la misma época, dos novelas tan distintas como son *La isla y los demonios* (1952) y *La mujer nueva* (1955), sin olvidar la narrativa breve que a menudo encuentra colocación entre las páginas de la misma revista. Queda así expuesta una organicidad, una coherencia que raramente va vinculada por la crítica con la senda cronológicamente discontinua de la pluma de Laforet, y que en cambio desvela aquí la fascinación de una escritura que sí se hace al andar, pero que surge de una evidente, y para nada descontada, claridad de intenciones.

Completan la “Introducción” una valiosa bibliografía esencial que facilita un primer acercamiento crítico al escenario cultural en que intervienen los *Puntos de vista*, y una “Nota editorial” que ilustra el método que se ha utilizado para la transcripción.

En las piezas que, a continuación, protagonizan el volumen, Laforet no solamente da muestras de la agudeza perceptiva y del ingenio mímico que constan claramente en su literatura, sino que se delata, de puntillas, como una lectora ávida, “curiosa impenitente” (p. 119) y, en tiempos inhóspitos, en ningún momento prejudicial. Más allá de la mística (San Agustín, Santa Teresa, Sor Juana Inés de la Cruz), su interés declarado en la primera mitad de los Cincuenta, se mueve con soltura y evidente gozo personal por algunos grandes nombres de la literatura europea (Goethe, Woolf, Dostoyevski, Proust, Schopenhauer, Rilke) y española (Unamuno, Zorrilla, Pardo Bazán, Arenal, su siempre querido Jiménez); interactúa, a veces abriendo tertulias periodísticas virtuales, con contemporáneos y, no casualmente, contemporáneas, como Elena Fortún, Carmen Conde, Susana March o Fernando Díaz-Plaja, entre otros. Sorprendentemente, no tiene reparos en mencionar –en algunos casos incluso con la cita de fragmentos– la novela *Ha caído una mujer* de la italiana Milli Dandolo, que aborda el tema del aborto, o también a Miguel Hernández y Federico García Lorca, junto con el exiliado Pedro Salinas, al que dedica *in memoriam* una entrega que abre recordando que el poeta “ha muerto en plena madurez de su vida, añorando España” (p. 372).

Balanceándose entre la referencialidad y la ficción, según la más exquisita tradición de las crónicas literarias –“de mentiras mezcladas con realidades se compone el arte de novelar” (p. 154)–, Laforet arranca a menudo de pretextos, *ex abrupto*, impresiones extemporáneas, objetos, conversaciones con amigas misteriosas: se trata de magdalenas proustianas, que le permiten tirar de un manojó asombroso de hilos enmarañados, y desplegar así ante sus lectores una visión panóptica e interiorizada del mundo que, física y metafóricamente, desfila debajo de las ventanas de su piso en la Calle O’Donnell, escenario de partida de numerosos *Puntos de vista*. Encontramos, entonces, a una Laforet vagabundeando, como lo hacen sus personajes, por las calles y los ambientes de la España de la época, registrando en sus textos “naderías” (p. 260) tan destacadas como las restricciones post-bélicas que todavía forman parte de la cotidianidad compartida (cortes de luz, escasez de ciertos alimentos, dificultad en la gestión de las finanzas domésticas) y transmitiendo al mismo tiempo un testimonio ‘filológico’ de su posición de mujer escritora en la primera mitad de los Cincuenta, entre presiones editoriales, dificultades de conciliación entre la vida familiar y la profesional, y borradores que se acumulan encima de un escritorio nunca despejado.

Lejos de interpretaciones descarrilladamente reivindicativas, llama la atención, entre estas páginas laforetianas, la ocurrencia reiterada de un ‘femenino resemantizado’

a medida que la autora reinterpreta y resignifica con maestría el ‘de una mujer’ que encabeza su columna, desprendiéndolo del manido modelo ‘ángel-hogareño’ tan pregonado, entre otros canales, en la prensa de la época. Desde la primera entrega advierte que “yo no voy a hacer un apartado de recetas culinarias, de charlas de puericultura o sobre la mejor manera de fruncir una cortina, cosas todas que deben interesarnos a las mujeres forzosamente” (p. 37), y no defrauda hasta la última contribución al retratar a sí misma y a todo un universo de compañeras de género como seres pensantes, asertivos, independientes (en su juicio, aunque rara vez desde el punto de vista económico), vertebrales en lo referente a la gestión familiar y con derecho de opinión propia, con una variedad de registros que abarca desde el comentario casi podría decirse socio-político de la posición que detiene la mujer en otros países occidentales, hasta la ironía a la hora de mofarse de improbables –e ímprobos– luchas entre los sexos a las que asiste en su cotidianidad o entre sus lecturas.

Al cerrar la edición se queda el lector con ganas de más material periodístico laforetiano y con la esperanza, pues, de que el rumbo marcado por Cabello y Ripoll con esta magistral recopilación abra camino a una más amplia operación de investigación y rescate de la todavía apenas explorada relación de Laforet con la prensa.

BIBLIOGRAFÍA

- CEREZALES LAFORET, Agustín (ed.) (2021): *El libro de Carmen Laforet vista por sí misma*, Barcelona: Destino.
- LAFORET, Carmen (2021): *Puntos de vista de una mujer*. Edición de Ana Cabello y Blanca Ripoll. Prólogo de Inés Martín Rodrigo, Barcelona: Destino.